

## Cenizas



Quando escribo estas líneas quedan dos cosas de Manolo Pérez: sus cenizas y su recuerdo, nutrido de sus obras. Las cenizas son lo efímero, el *memento mori* sufrido en la propia carne, la constatación de que, como rezaba aquella pintura de Valdés Leal, *in ictu oculi*, en un abrir y cerrar de ojos, todo se acaba, todo pasa. Ya lo decía Machado: *lo nuestro es pasar*, aunque nos reconforta porque también aseguraba que *todo queda*. En este caso, queda mucho. Queda su obra personal, familiar, empresarial, política. Queda su entusiasmo, su constante escuchar e informarse, su incesante elaboración de ideas, su perenne proponer.

Dicen que la nivelación inapelable de la muerte convierte a todos en iguales. Sostengo que esto no es cierto, no puede serlo. Sólo iguala porque arrasa a todos sin distinciones, porque deja tras de sí un rastro de desolación y llanto. Pero la fuerza está en la vida, no sólo porque para los creyentes más allá del último momento se abre un horizonte eterno. La vida triunfa cuando, por mucho que la remate una tragedia, ha sido un continuo llenarse, regenerarse, superarse; cuando ha sido un perenne hacer, más allá de los afanes insoslayables del sostenimiento físico. La Parca, en esos casos, obra como lo haría un aplicado funcionario que aplica sin más la ley, sin afectos ni rencores, limitándose a cumplir eficientemente con su trabajo, sea justo o injusto. Esa mera resolución será efectiva, pero no puede borrar lo indeleble, no puede, salvo que se alíe con humanos miserables, destruir una obra.

Por eso, Manolo, abatido fulminantemente, no ha perdido más que su sustancia física. Quedan sus afanes, tantas veces vehementes, tantas veces hasta obcecados, pero siempre con las miras en mejorar las cosas. Queda su presencia en tantas organizaciones, asociaciones, empresas... Quedan sus palabras, que gustaba de mojar, como decía, en charlas interminables. Queda su lucha por proyectos que a veces se escapaban por entre las rendijas de la política...

Quien esto les escribe tiene que mantener en el recuerdo muchas cosas, pero hoy sólo dejaré aquí constancia de un par de ellas: su vastísima cultura, que plasmaba en tantas conversaciones sobre cuestiones históricas y literarias y en las que me animaba en mi afición por la palabra escrita. Y permanecerán siempre en un vívido recuerdo las cenas con los ilustres invitados del Foro Zafrense, en las que tan buenos objetos de conversación aportaba. Seguro que muchos lectores guardan memoria y anécdotas que perpetúan a Manolo.

Quedan, insisto, sus obras y sus amores: su esposa, sus hijos, su mucho trabajo desinteresado, su mucho compromiso. Y queda su ceniza. Algo ínfimo, insignificante, aunque no parecen tal cosa cuando uno lee a Quevedo en "Amor constante más allá de la muerte": *de belleza impar y palabras que estremecen: "[...] Serán ceniza, mas tendrán sentido / Polvo serán, mas polvo enamorado."*

Polvo enamorado de un enamorado de Zafra; de alguien que no nació aquí pero que aquí creció y se desveló por la ella. Cenizas que quizá lleve el viento y esparza sobre la ciudad que amó, a la que admiró por lo que es y por la que sufrió por cuanto no pudo ser.

Ya no sigo. Manolo, que sabía de mi afición por los latinajos, seguro que aprobaría que le dedicara el clásico *sit tibi terra levis*, que la tierra te sea ligera. Ahora Manolo es tierra. Pero tierra fértil, donde seguro que arraigarán muchas cosas.